

Tener hambre y sed de justicia

Por Daniel Del Vecchio

Lugar: Granada

Fecha: 24 de julio de 1999

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mateo 5:6)

El Señor llama “bienaventurados” a los que tienen hambre y a los que tienen sed; es decir dichosos, felices, dignos de ser envidiados. El hambre y la sed son instintos naturales para conservar la vida. Ambas sensaciones nos estimulan a buscar comida y agua. El hombre trabaja por la necesidad de alimentarse y de sustentar a su familia. Sin hambre no comeríamos, sin sed no beberíamos.

Cuando la Biblia habla de hambre, habitualmente se relaciona con la Palabra de Dios. “...no sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra de Dios.” (Lucas 4:4) y cuando habla de sed, se asocia al Espíritu Santo. “El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva”. (Juan 7:38). Tener hambre y sed espiritual nos impulsa e inspira a ir a Jesucristo, la fuente de vida eterna, para ser saciados. “Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida”. (Juan 6:55)

El profeta Amós nos avisa: “He aquí vienen días, dice Jehová el Señor, en los cuales enviaré hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Jehová”. (Amós 8:11). Mi corazón está ardiendo y suspirando que llegue ese momento, asimismo, clama: ¡Señor danos hambre y sed de tu Palabra! A pesar de las muchas predicaciones, profecías y revelaciones que hemos escuchado y recibido, si no hay hambre ni sed, todo es desperdiciado y en vano. Un dicho popular dice: “puedes llevar un caballo al abrevadero pero no puedes obligarle a beber”.

Los deseos del alma y de la carne combaten siempre contra los deseos del espíritu por ello el diablo aprovecha continuamente estos anhelos, a veces lícitos, de hambre y sed, para tentarnos e impedir que saciemos los deseos espirituales. Bienaventurados, dichosos los que tienen hambre y sed de justicia porque serán arropados con el manto de la justicia de Jesucristo y permanecerán delante de Dios, sin vergüenza ni culpabilidad. Recibirán la justicia que sólo Cristo da. Dios afirma: “abre tu boca, y yo la llenaré”. (Salmo 81:10) igual que abren sus picos los pajarillos para que su madre les dé de comer.

Un hombre nacido de nuevo puede cuidarse y nutrirse muy bien para estar corpulento, robusto y fuerte exteriormente; pero si no alimenta su nueva naturaleza espiritual con el pan de vida, morirá famélico. Si tomáramos una “radiografía” de su estado interior, veríamos de qué se ha mantenido espiritualmente. Sólo aquellos, cuyo deseo de justicia es más profundo e intenso que los apetitos naturales y carnales, recibirán revelación de las Escrituras y el rhema, que es la palabra específica de Dios, hablando personalmente al espíritu. Si carecemos de ambas cosas moriremos.

La Biblia dice que Jesús, después de ayunar por cuarenta días en el desierto, tuvo hambre y Satanás, hallándole en debilidad: “...le dijo: Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan” (Lucas 4:3). Jesús respondió al desafío con la Palabra de Dios: “Y te afligió, y te hizo tener hambre, y te sustentó con maná, comida que no conocías tú, ni tus padres la habían conocido, para hacerte saber que no sólo de pan vivirá el hombre, mas de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre”. (Deuteronomio 8:3)

Jesucristo proclamó: “Yo soy el pan de vida.” (Juan 6:48). El hambre espiritual nos guía a sustentarnos de Él. David, el salmista, deseaba tanto comer de la palabra de Dios que dijo: “Desfallecieron mis ojos por tu palabra...” (Salmo 119:82). Es vital anteponer el hambre espiritual a los apetitos de la carne. Pues sólo así nacerá la sed por la justicia, el ansia de vivir rectamente alentándonos a orar desde más profundo del corazón: “Señor, quiero andar delante de ti y ser perfecto”. Es imposible andar en santidad e integridad sin hambre ni sed, sin el clamor del alma de ser perfecto delante de Dios para ser justificados por la fe: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo...” (Romanos 5:1)

Cuando el profeta Ezequiel comenzó su ministerio, Dios le enseñó un rollo de libro con el mensaje que debía comunicar, predicar y profetizar: “Hijo de hombre, come lo que hallas; come este rollo, y ve y habla a la casa de Israel. Y abrí mi boca, y me hizo comer aquel rollo. Y me dijo: Hijo de hombre, alimenta tu vientre, y llena tus entrañas de este rollo que yo te doy. Y lo comí, y fue en mi boca dulce como miel. Luego me dijo: Hijo de hombre, ve y entra a la casa de Israel, y habla a ellos con mis palabras” (Ezequiel 3:1.4). El Señor hoy también, nos pone delante el rollo, diciéndonos: “¡Cómelo!” de tal manera que la Palabra habite abundantemente en nosotros y logremos dársela a los demás. Naturalmente, antes de transmitirla hay que ingerirla y retenerla.

El Rey de reyes nos invita a comer y a beber, hace un llamamiento a un grupo de personas muy especial. Él conoce sus nombres y ve sus corazones, va dirigido a todos los sedientos. ¿Eres tú

uno de ellos? Ésta es tu invitación: “*A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche. ¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia? Oídme atentamente, y comed del bien, y se deleitará vuestra alma con grosura. Inclínad vuestro oído, y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma...*” (Isaías 55: 1:3)

Desgraciadamente, desaprovechamos el tiempo y consumimos las energías en cosas que no satisfacen y no son necesarias en vez de llenarnos de la Palabra de Dios. El rey Salomón, en su avidez, probó todas las frivolidades, incluso poseyéndolo todo, llegó a esta conclusión: “*todo ello es vanidad y aflicción de espíritu*”. (Eclesiastés 1:14). Nosotros, a pesar de lo mucho que pudiéramos conseguir en este mundo, nunca adquiriríamos sus riquezas. Jesús dijo a los que tienen hambre y sed de su justicia, deseos de ser limpios y puros delante de Él, que serían envueltos con su manto y saciados; a nadie más no prometió satisfacción.

Hay deseos lícitos y otros ilícitos, fuera de la ley de Dios, como las concupiscencias que, interfiriendo, truncan el deseo de su santa voluntad, descarriándonos por una senda equivocada. La Biblia dice: “*Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte*. (Proverbios 14:12). De modo que no podemos diferenciarlo por sentimientos o apariencias, ni podemos fiarnos, pues el enemigo intenta siempre apropiarse de un deseo legítimo y desviarlo. Así como hay un deseo natural de buscar cónyuge para ser completo, hay apetencias sexuales muy fuertes que impulsan considerablemente al ser humano.

En verdad, todos queremos ser aceptados y amados. Estos deseos de afecto a menudo nos conducen a actuar equivocadamente. Así como todos somos propensos a buscar protección y seguridad. Aspiraciones ya presentes en los discípulos: “*Ellos le dijeron: Concédenos que en tu gloria nos sentemos el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda*”. (Marcos 10:37). El deseo de ser honrado y reconocido, con frecuencia suscita problemas de división en las iglesias. El problema más grande que he encontrado en España es el sentimiento de rechazo y su principal enfermedad la envidia. Rechazo y envidia son los dos pecados que sobresalen en este país.

Complacer algunos de estos deseos sería como comer golosinas, sólo inflan y quitan el apetito. Dan la sensación de estar lleno pero ni alimentan ni satisfacen. Sólo producen desgana por lo que es bueno. Por esta razón los padres no dejan comer chucherías a sus hijos antes de las comidas. Mi pregunta es ¿cómo conseguir que las almas tengan hambre de Dios si están llenas de

“chucherías” y el mundo les ha inhibido el apetito?

Tuve una visión de un ser muy querido que estaba ahogándose en un lago enorme y cuando intentaba respirar, tragaba más agua. El Señor me reveló que el lago que nos separaba representaba el mundo y éste había llenado su corazón. En el momento en que el mundo se apodera del corazón, es como si se encharcaran los pulmones, estamos casi muertos aunque todavía haya un poco de vida. Así es el estado de muchos creyentes.

Cuando llegué a España la situación no era como ahora. No gozábamos de tanta abundancia, a penas si teníamos para comer, pero había hambre de Dios. En cambio, hoy en día, hay tanta prosperidad que corremos el riesgo de reemplazar las bendiciones por quien es la fuente de toda bendición y felicidad. No dejes que todos esos “regalos” que Dios te da lleguen a separarte de Él. “... ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios?” (Santiago 4:4)

La paradoja de la vida cristiana es que cuanto más se bebe, más sed se tiene; cuanto más conoces a Dios, más fascinación sientes por su Palabra. Igualmente, a más codicia de riqueza, mayor avaricia por ganar dinero. La Biblia nos enseña “*raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores*”. (1ª Timoteo 6:10)

El Profeta Isaías da algunos consejos a los que están insatisfechos y vacíos “*Inclinad vuestro oído, y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma*”. Propone una invitación: “venid, acercaos, confiadamente al trono de la gracia” “*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar*”. (Mateo 11:28). “Venid a mí” dice el Señor, “los que tenéis hambre, sed y os sentís afligidos” “*...Si alguno tiene sed, venga a mí y beba*”. (Juan 7:37)

Así que, oíd atentamente, inclinad vuestro oído, escuchad la voz suave de Dios. En este mundo hay tantas voces rodeándonos y atrayendo nuestra atención que debemos inclinar el cuello, someter nuestra voluntad y prestar atención con el deseo de atender a la voz del Amado. El que oye y no obedece es como el que edifica la casa sobre la arena: “*Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina*”. (Mateo 7: 26.27)

Acto seguido, cuando escuches, adopta una decisión: *“Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová...” (Isaías 55:7)*. Y vivirá tu alma.

Recuerdo que con 24 años recién licenciado del servicio militar fui a una reunión, al “Metropolitan” de Filadelfia. Subí al entresuelo, y me senté con los jóvenes al lado de una chica muy guapa que me sonrió. Tenía muchas pasiones y hambre de una sola cosa y no era de Dios precisamente. El pastor comenzó a compartir sobre el Espíritu Santo: *“Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?”*. (Lucas 11.12). La confrontación de la predicación me impactó fuertemente, haciendo la necesidad de Dios en vida más impetuosa que aquella jovencita que tenía junto a mí. Salí al llamado y fui bautizado en el poder del Espíritu Santo. Desde aquel preciso momento nunca más he sido el mismo y miles de almas se han convertido a través de mi ministerio. ¡Que glorioso es el Señor! no da únicamente lo que satisface sino también el hambre para ser satisfecho.

Para estimular el hambre es imprescindible renunciar a todo aquello que nos inhibe el apetito, aunque sean cosas inofensivas como, por ejemplo, la camaradería de los hermanos. Es bueno hablar, compartir pero incluso es mejor, en ocasiones, separarse un poco de la compañía y buscar a Dios. Los líderes del futuro serán los que alimenten la intimidad con el Padre Celestial. Preferible es la comunión con Dios a la comunión de los santos.

El Señor exhorta a tratar radicalmente con los deseos carnales que compiten contra el alma y destruirlos. De lo contrario, nos van a controlar, como la concupiscencia de los ojos que nunca se sacia. La Biblia dice: *“... los ojos llenos de adulterio, no se sacian de pecar...”* (2ª Pedro 2:14). El apóstol Marcos, nos avisa *“Y si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo; mejor te es entrar en el reino de Dios con un ojo, que teniendo dos ojos ser echado al infierno”*. (Marcos 9:47). ¡Sácalo! está en juego la eternidad. ¿Cielo o infierno?

Los deseos que luchan contra el espíritu causan malestar y vacío. ¿Y cómo podremos tener hambre de Dios si estamos tan llenos de cosas vanas y frívolas que solo producen ansiedad y desasosiego? Nunca seremos saciados si no buscamos la presencia del Dios vivo. El rey David, en su íntima relación con Dios, gritó apasionadamente: *“Dios, Dios mío eres tú; de madrugada te buscaré; mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela, en tierra seca y árida donde no hay aguas”* (Salmo 63: 1.1). Sabía que únicamente Dios podía satisfacer su alma.

Jesús, a la mujer samaritana casada cinco veces, le dijo: “...mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna”. (Juan 4: 13.14). Desde aquella noche en el “Metropolitan” de Filadelfia que comenzó a brotar en mí esa fuente de agua, aún no se agotado, porque su pozo depende de las aguas subterráneas del santuario. La Biblia dice que el hombre justo “...Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas” (Salmo 1:3). Cuando nos sentimos desecados, tapemos “agujeros”, profundicemos las raíces, puesto que hay un manantial inagotable y Dios nos saciará.

Seamos prudentes y tomemos aceite en nuestra vasija juntamente con nuestra lámpara, pues de repente puede surgir un problema, una dificultad o prueba, como vino sobre Job. Si tan sólo tenemos lo suficiente para vivir al día, en periodos de sufrimiento, podemos hundirnos. Las aflicciones que he padecido muchas veces han estado a punto de vencerme pero gracias a Dios por ese pequeño pabilo, donde Él ha seguido vertiendo su aceite, haciéndolo arder de nuevo. La luz es la fe, por lo cual el diablo persigue apagarla y robar el aceite.

El Señor nos dice: “Amarás a tu Dios de todo tu corazón” y te daré mi espíritu para que puedas amar. “No temas, cree” y te daré la fe para poder creer. Todo depende de la disposición del corazón. El Espíritu Santo desea llenarnos, satisfacernos, equiparnos y encendernos con su fuego, pero sin sed es imposible que Dios pueda actuar.

Cuando los hijos de Israel escaparon al desierto, empezaron a añorar su vida en Egipto: “¡Quién nos diera a comer carne! ¡Ciertamente mejor nos iba en Egipto! Jehová, pues, os dará carne, y comeréis. No comeréis un día, ni dos días, ni cinco días, ni diez días, ni veinte días, sino hasta un mes entero, hasta que os salga por las narices, y la aborrezcáis, por cuanto menospreciasteis a Jehová que está en medio de vosotros, y llorasteis delante de él, diciendo: ¿Para qué salimos acá de Egipto?” (Números 11: 18.20). ¿Quieres ser tú como uno de ellos, aferrado al pasado mientras tratas de avanzar con Dios? Él les dio lo que pidieron, pero pagaron caro por ello cuando una plaga les atacó: “Aún estaba la carne entre los dientes de ellos, antes que fuese masticada, cuando la ira de Jehová se encendió en el pueblo, e hirió Jehová al pueblo con una plaga muy grande”. (Números 11:33)

No dejes que el espíritu de idolatría de este mundo te seduzca ni te contamine su influencia lasciva y carnal. Oremos para que el Señor produzca en nosotros una nausea santa y empecemos a vomitar las cosas podridas que impiden el fluir de ríos de agua viva y el hambre espiritual.

Impidamos que entre en la iglesia la mundanalidad y arrastre a los que verdaderamente tienen hambre y sed de santidad. Anhelemos estar limpios ante la presencia de Dios con ardor por un nuevo bautismo en el poder del Espíritu Santo, ebrios del gozo del Señor.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mateo 5:6)

ORACIÓN

Señor Jesús, hijo de Dios, me entrego a ti Señor.

Toma mi vida, perdona mis pecados, creo en ti, en tu Sangre.

Te acepto ahora mismo como mi Dios, como mi Señor, como mi Salvador.

Quita de mi todo yugo de iniquidad, toda mancha de pecado. ¡Sálvame Señor!

Bienaventurado el que tiene hambre y sed de justicia, porque será saciado.

De una mente y un solo corazón te buscamos.

Señor Jesús, llénanos del don del Espíritu Santo.

Bautízanos Señor. Restáuranos el gozo de tu salvación. Amén.

(Ahora respira la presencia de Dios y bebe lo que Él te da)